



Siguiendo hoy a Jesús

Fray Felicísimo Martínez

El anuncio del Reino implica necesariamente la invitación al seguimiento. El seguimiento es la esencia del ser cristiano. “Jesús es conocido sólo en la medida en que es seguido”. Por eso, en un momento en el que se busca con tanto empeño lo esencial o la entraña del ser cristiano, es imprescindible reflexionar sobre el seguimiento de Jesús. El seguimiento es la cristología actualizada en la vida de la comunidad cristiana, la “cristología viva” (E. Schillebeeckx), la “cristología existencial” (K. Rahner).

Esquema:

- 1.- El movimiento de Jesús
2. ¿Se ha olvidado la idea del seguimiento en la Iglesia?
3. La cosa empezó en Galilea
4. La vocación al seguimiento de Jesús
5. Radicalidad en el seguimiento: Renuncias para la libertad
6. Llamada universal al seguimiento
7. ¿Seguimiento o imitación?
8. ¿Qué implica hoy el seguimiento?

1. El movimiento de Jesús

La historia de Jesús no terminó con su muerte. Continúa en el grupo de sus seguidores, que lo confiesan resucitado.

1.1. El encuentro con el Resucitado

“La única reliquia auténtica de Jesús es la comunidad viva” (E. Schillebeeckx). Al decir de los evangelistas, apenas el grupo femenino, algunas seguidoras y algunos discípulos o adeptos se mantienen firmes junto a la Cruz de Jesús. Los demás o se han dispersado o le “siguen de lejos” (Mt 26, 58),



como Pedro. Pero a partir de la “experiencia pascual”, tanto las seguidoras como los seguidores experimentan una nueva convocatoria, se recompone la comunidad, y reemprenden la segunda etapa del seguimiento de Jesús.

La propuesta de Jesús no quedó sepultada en su tumba. Sus seguidores la retoman una vez que se han repuesto del shock que les supuso el final escandaloso del maestro y han sido agraciados con la experiencia pascual, la convicción de que Jesús está vivo, que el Crucificado ha sido resucitado por Dios, y que la propuesta de Jesús sigue adelante. El “movimiento cristiano” se pone en marcha (M. Fraijo). Después de la Pascua los discípulos y discípulas de Jesús inician la segunda y definitiva etapa del seguimiento. Ahora el seguimiento tendrá unas características nuevas y distintas de aquel que les había llevado tras el maestro de Galilea.

1.2. En los orígenes del cristianismo

Esta historia del seguimiento da lugar a lo que sociológicamente se ha llamado el “movimiento de Jesús” (G. Theissen, R. Aguirre). Se trata ante todo de un grupo religioso, pero también de un movimiento social, a la larga decisivo en la historia de Occidente y del mundo. Nace en el contexto cultural y religioso judío. Pero pronto las relaciones con la comunidad judía se hacen tensas y conflictivas y el movimiento de Jesús salta las barreras del mundo judío y se expande por el mundo de la gentilidad. Para entonces se hablará ya más del cristianismo o de las Iglesias cristianas que del movimiento de Jesús, debido a su creciente institucionalización. El núcleo que da lugar a este movimiento y a esta Iglesia es la fe en Jesús y el seguimiento de Jesús. Pero el movimiento de Jesús experimentó un proceso de institucionalización hasta convertirse en la Iglesia cristiana. Da lugar así al cristianismo. Ese proceso de institucionalización abarca cuatro áreas fundamentales: la organización de la comunidad, la elaboración del símbolo y la regla de fe y la formulación de la doctrina cristiana, la organización de la celebración de la fe o la institucionalización de la liturgia y, en cuarto lugar, la formulación de la ética o de la moral cristiana, o la definición de las exigencias que lleva consigo el seguimiento de Jesús.

El seguimiento de Jesús define la nueva propuesta de vida que surge en torno a la persona, la predicación y la praxis de Jesús, y que se continúa después de su muerte y resurrección. Son dos etapas distintas del seguimiento: la prepascual y la pospascual. La sociología insiste más en la continuidad entre el seguimiento del Jesús histórico y el seguimiento pospascual; la teología insiste cada vez más en que la experiencia pascual establece una fuerte ruptura entre las dos etapas del seguimiento, aunque sea dentro de la continuidad.

A la reflexión teológica le toca sobre todo analizar qué hay de teológico en todo ese asunto, qué es de Dios en eso que llamamos vida cristiana, cuál es el fundamento último que convoca a los cristianos al seguimiento de Jesús. A la teología le toca preguntarse por qué no terminó todo con la muerte de Jesús en la cruz y la dispersión de los discípulos que le habían seguido desde Galilea



hasta Jerusalén. Por qué estos seguidores y seguidoras de Jesús confesaron Resucitado al Crucificado y encontraron en él sentido y salvación para sus vidas.

2.- ¿Se ha olvidado el ideal del seguimiento en la Iglesia?

2.1. Breve memoria de un reduccionismo

No es frecuente a nivel popular definir la vida cristiana como seguimiento de Jesús. Con el tiempo esa definición quedó asociada casi exclusivamente a la vida religiosa. D. Bonhöffer atribuye, en parte, este olvido del seguimiento al monaquismo cristiano. Reconoce a éste el mérito de haber rescatado el ideal del seguimiento o las exigencias radicales del mismo, cuando se estaba “abaratando” la vida cristiana. Estos cristianos radicales dejaron claro que no todo es compatible con ser cristiano o seguir a Jesús. Pero, al mismo tiempo, D. Bonhöffer denuncia las fatales consecuencias que este hecho tuvo para la comunidad cristiana. Pasado el tiempo, la vida religiosa monopolizó el seguimiento, y en vez de estimular el seguimiento radical de Jesús en toda la comunidad cristiana, asumió tareas de suplencia en relación con el seguimiento.

2.2. Seguimiento de Jesús y vida cristiana

El seguimiento de Jesús es una definición exacta de la vida cristiana. Pero hoy, ¿acaso no se trata de una metáfora, más que de una definición? Nos resulta fácil imaginar lo que significa seguir a Jesús por los caminos de Galilea o de Judea. Es caminar con él, ir detrás de él, seguir sus huellas. Es el caso de los Doce a quienes él llamó expresamente para “que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14). Y es el caso también de aquel grupo de mujeres que le seguían desde Galilea y le servían con sus bienes (Lc 8, 1-3).

El camino y el seguimiento se convirtieron en metáforas, una vez que Jesús murió y fue resucitado por Dios. El “camino” se convirtió pronto en metáfora para designar la vida cristiana. Jesús se había llamado a sí mismo el Camino (Jn 14, 5). Pero ya aquí el “Camino” es toda una metáfora del itinerario hacia el Padre. A partir de la Pascua este término se convierte en metáfora que designa la conducta de los cristianos o de la comunidad cristiana. Aparece sobre todo en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Se habla de los “seguidores del Camino” (Hch 9, 2), de los que son “instruidos en el Camino del Señor” (Hch 18, 25), de “exponer exactamente el Camino” (Hch 18, 26), de los que “hablaban mal del Camino” (19, 9), de que Pablo “persiguió a muerte a este Camino” (22, 4), de dar culto a Dios “según el Camino” (24, 14), de “estar bien informado en



lo referente al Camino” (24, 22). Decir “Camino” significa decir vida cristiana o decir comunidad cristiana. En este sentido la metáfora del Camino resulta adecuada para definir la vida de los cristianos.

Algo similar pasa con la metáfora del seguimiento. El lenguaje del seguimiento abunda sobre todo en los evangelios. Y es usado con un doble significado: un significado físico (acompañar físicamente a Jesús o ir detrás de él), y un significado metafórico (vivir al estilo de Jesús). Después de la Pascua pervive sólo el sentido metafórico, pues ya no es posible seguir físicamente a Jesús, que ha sido exaltado. Pablo prefiere el lenguaje de la imitación al lenguaje del seguimiento. Y, en general, después de la Pascua, cuando el predicador se convierte en el Predicado, en vez de hablar del seguimiento de Jesús se habla de creer en Cristo o convertirse a El, o se identifica seguir a Jesús con creer en El y convertirse a El (J. Lois).

¿Qué significa seguir a Jesús hoy? ¿Qué implica hoy el seguimiento para los seguidores de Jesús? ¿Cómo hacer de la vida de la comunidad cristiana una cristología actualizada?

3.- La cosa comenzó en Galilea

El seguimiento de Jesús tiene dos dimensiones: “cristológica” y “pneumatológica” (J. Lois).

3.1. La dimensión cristológica del seguimiento

Se habla hoy con frecuencia de un seguimiento prepascual o del Jesús histórico y de un seguimiento pospascual o del Resucitado (F. Martínez). En uno y otro caso podemos afirmar que el asunto del seguimiento comenzó en Galilea. (Hch 10, 37). Galilea es el lugar geográfico en el que se desarrolla básicamente el ministerio público de Jesús. Es la Galilea de los gentiles, de los márgenes. Allí discurre la vida y el ministerio del Jesús terreno. Allí tiene lugar la convivencia de Jesús con sus seguidores y seguidoras. Allí los discípulos reciben la llamada imperativa al seguimiento; allí siguen y acompañan a Jesús en sus correrías apostólicas; allí comparten con él la misión; allí comparten la mesa con Jesús... Este seguimiento y esta convivencia con el Jesús terreno les permiten descubrir en Jesús la oferta definitiva de salvación (E. Schillebeeckx). Los recuerdos históricos de este seguimiento y esta convivencia con el Jesús terreno permitirán a sus seguidores identificar al Resucitado como el que había sido Crucificado (Hch 1, 21-22).

Pero el seguimiento pospascual no se sostiene sin la fe en el Resucitado. Por eso, algunos exegetas insisten en que “la cosa comenzó en Galilea” en un segundo sentido: en el sentido que la experiencia pascual, o el encuentro con el



Resucitado, está asociada a Galilea (F. La Calle). Galilea aquí es más que una paraje geográfico; es todo un símbolo catequético o teológico. Es sobre todo el evangelio de Marcos el que insiste en que el encuentro con el Resucitado ha de tener lugar en Galilea, tal como Jesús lo había anunciado (Mc 14, 27-28; 16, 7). Volver a Galilea es volver a la fe en Jesús, ahora Resucitado, superada ya la prueba o el escándalo que supuso la pasión y la muerte. Galilea es simbólicamente el lugar del reencuentro con el Resucitado. Es el lugar de las apariciones, precisamente porque había sido el lugar del primer encuentro con Jesús, del seguimiento y de la convivencia con el Jesús histórico. El mensaje no es insignificante: el seguimiento es resultado de un encuentro, pero también es presupuesto o condición de posibilidad para el encuentro definitivo, el encuentro pascual. Pero sólo reconocerán verdaderamente al Resucitado en la medida que sean animados por el Espíritu de Jesús y rehagan el mismo camino de Jesús.

3.2. Seguir a Jesús animados por el Espíritu

Así se juntan las dos significaciones de Galilea en el evangelio de Marcos: lugar de la llamada al seguimiento por parte del Jesús histórico, y lugar del encuentro con el Resucitado. Nosotros hoy pertenecemos a esas “generaciones siguientes” que no conocieron al Jesús histórico (H. Kessler). Somos discípulos de “segunda mano” (S. Kierkegaard). Por eso estamos enfrentados a dos tareas. La primera consiste en regresar, a través del testimonio de todas las generaciones anteriores y sobre todo a través de la primera generación cristiana, hasta el punto de partida del seguimiento. La segunda tarea consiste en actualizar la práctica del seguimiento bajo la inspiración y animación del Espíritu de Jesús. En este sentido, es tarea nuestra preguntarnos y averiguar en qué consiste y qué implica el seguimiento de Jesús para nosotros hoy; cuál es nuestra “Galilea” en la que somos llamados al seguimiento y en la que podemos encontrarnos con el Resucitado. Estas preguntas reclaman una mirada penetrante y compasiva a nuestro mundo, una atención permanente a los signos de nuestros tiempos.

4.- La vocación al seguimiento de Jesús

Jesús llama a los discípulos y discípulas al seguimiento. Exegetas y teólogos insisten hoy en el estudio comparativo entre el discipulado cristiano y otros discipulados al uso en tiempo de Jesús (el de los rabinos o maestros de la ley, el de profetas apocalípticos y jefes celotas, el discipulado de los maestros cínicos... y, más próximo aún, el discipulado de Juan el Bautista). Se proponen subrayar la peculiaridad y la novedad del discipulado cristiano.

4.1. La iniciativa es de Dios



La primera peculiaridad del discipulado cristiano o del seguimiento de Jesús consiste en que la iniciativa es del que llama, no de los llamados. Este rasgo vocacional está ya presente en las escenas de vocación del Antiguo Testamento. La iniciativa es de Dios. En el Nuevo Testamento la iniciativa de la llamada es del propio Jesús, que hace la llamada en nombre propio. “Venid conmigo...”. Y con frecuencia la llamada tiene carácter imperativo: “Tú sígueme” (Lc 9, 59; Mc 2, 14, Cf. Lc 5, 27, Mt 19, 21; Lc 18, 22; Jn 1, 43; 21, 19). Una llamada así forma parte de la cristología implícita de los evangelios: implica una autoridad personal que sólo es atribuible al profeta escatológico o a la condición mesiánica (W. Kasper). Por otra parte, los seguidores de Jesús dicen encontrar en él la salvación. Estas peculiaridades hacen el discipulado de Jesús distinto del discipulado de los rabinos, o de los jefes celotas, o de los maestros cínicos.

Pese a estas diferencias radicales entre el discipulado cristiano y otros discipulados, no faltan algunos rasgos análogos en uno y otros. Algunos de estos modelos de seguimiento llevan consigo unas renunciaciones radicales a los bienes materiales y a la familia. En unos casos se trata de renunciaciones estratégicas para un compromiso más libre y radical con la causa de la liberación (celotas); en otros las renunciaciones son consideradas como condiciones de posibilidad para el acceso a la sabiduría (filósofos cínicos).

4.2. Fe, Obediencia y Seguimiento

Quizá el fenómeno más próximo al discipulado de Jesús es el discipulado de Juan el Bautista. De hecho, son cada vez más los autores que afirman el posible trasvase de algunos discípulos de Juan al grupo de seguidores de Jesús (Jn 1, 35-51; Hch 19, 1-7) (G. Bornkamm).

En todo caso, los relatos evangélicos de vocación siguen el modelo del relato vocacional propio del Antiguo Testamento. Es sorprendente, por ejemplo, el paralelismo entre ciertos relatos evangélicos de vocación y el relato de la vocación del profeta Eliseo por mediación de Elías (1 Re 19, 12-21). Eliseo es llamado mientras ejerce su profesión; quiere despedirse de su padre y de su madre antes de partir; sacrifica la yunta de bueyes y quema los aperos de labranza. La diferencia substancial está en que en el Nuevo Testamento Dios no recurre ya a la mediación de un profeta, como Elías. Es Jesús mismo el que, en nombre propio y con una autoridad soberana, llama al seguimiento de sí mismo.

En los evangelios abundan los relatos de vocación. Está, en primer lugar, la llamada a los primeros discípulos junto al lago: Simón y Andrés, Santiago y Juan (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20; Lc 5, 1-11). Está el relato de la llamada al publicano Mateo (Mt 9, 9; Mc 2, 13-14; Lc 5, 27-28). Está también el relato de vocación del joven rico, con distinto resultado (Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-23). Y está el original relato que hace el evangelio de Juan de la llamada que Jesús hace a los primeros discípulos (Jn 1, 35-51). En todos estos relatos la vocación se traduce en una llamada al seguimiento de Jesús. En todos ellos se destacan dos elementos: la soberanía del que llama y la obediencia



incondicional de quien responde. Por eso, D. Bonhöffer insiste en la esencial vinculación entre la fe, la obediencia y el seguimiento.

4.3. Los relatos de vocación y la novedad de vida cristiana

En general, el esquema de fondo en los relatos de vocación implica los siguientes elementos. 1) Jesús pasa, camina, bordea el lago... (Mt 4, 18.21). 2) Jesús ve a alguien, se fija en él, le presta atención... (Mc 1, 16). 3) Con frecuencia se señala la profesión o la actividad que realiza la persona en cuestión: “estaban largando las redes en el mar, pues eran pescadores”... (Mc 1, 16. 19). 4) Tiene lugar la llamada, generalmente de forma directa y hasta imperativa: “venid conmigo”, “sígueme”... (Mc 1, 17.20; 2, 14). 5) Se constata el abandono rápido de todo, especialmente de los bienes materiales y de la familia: “Al instante, dejando las redes...”; “dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros...”; “dejándolo todo...” (Mc 1, 18.20; Lc 5, 11.28...). Y finalmente, 6) se afirma el hecho de la respuesta o del seguimiento de Jesús (Mc 1, 18.20; 2, 14; Lc 5, 11...) (E. Schillebeeckx).

En los relatos de vocación hay que reconocer, al menos, dos contenidos fundamentales. En primer lugar, un núcleo histórico: que Jesús hizo una llamada a personas concretas para que le siguieran y que de hecho algunas de esas personas le siguieron. Y, en segundo lugar, que esos relatos vocacionales contienen toda una catequesis sobre la naturaleza y las implicaciones de la vocación cristiana, sobre el seguimiento de Jesús.

Esta catequesis resalta algunos puntos fundamentales de la vocación cristiana. Esta es el resultado del encuentro con Jesús, y de haber descubierto en Él al mediador salvífico, la presencia operante del Reino de Dios. La experiencia cristiana es una experiencia de conversión a Jesús y al Reino por Él predicado. Desde esta categoría de “conversión” interpretan hoy algunos autores la radicalidad de las renunciaciones a los propios bienes, a la propia familia, al propio hogar. El esquema greco-judío de conversión estaría en el trasfondo de los relatos vocacionales del Nuevo Testamento (E: Schillebeeckx).

5.- Radicalidad en el seguimiento: renunciaciones para la libertad

A pesar de todos los malentendidos existentes en la historia cristiana sobre el particular, es preciso reconocer que la práctica del seguimiento de Jesús no puede tener lugar sin algunas renunciaciones. No todo es compatible con el seguimiento de Jesús.

5.1. Una vida que exige renunciaciones



El sumario de esas renunciaciones se refiere a tres núcleos fundamentales de la vida humana: la renuncia a los bienes materiales, la renuncia a la familia y la renuncia a sí mismo. A quien pretende seguirle Jesús le responde: "... el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mt 8, 20; Lc 9, 58). Al joven rico le apura con la renuncia a sus bienes: "Si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto tienes y dáselo a los pobres.....; luego, ven y sígueme" (Mt 19, 21; Lc 18, 18-23). "Cualquiera de vosotros que no renuncia a sus bienes, no puede ser discípulo mío" (Lc 14, 33). A otro que pretende seguirle pero solicita ir primero a enterrar a su padre, le responde: "Deja que los muertos entierren a los muertos" (Mt 8, 21; Lc 9, 60). El evangelio de Lucas añade: "tú vete a anunciar el Reino de Dios" (Lc 9, 60). Y al que pretende ir primero a despedirse de los suyos, le responde: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios" (Lc 9, 62). La exigencia de renunciar a la familia de sangre para incorporarse a la nueva familia o comunidad de los seguidores de Jesús está presente en numerosos pasajes evangélicos (Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21).

Pero todas las renunciaciones confluyen en una mayor: la renuncia a sí mismo, que en los evangelios va siempre asociada a la cruz que ha de cargar quien se decida a la práctica del seguimiento. Aquí aparece el símbolo desafiante de la cruz, tan cristiano y tan escandaloso. Tras la profesión de fe de Pedro, Mateo sitúa en primer lugar el anuncio de la pasión de Cristo e inmediatamente después las condiciones del seguimiento de Jesús (Mt 16, 24-25; Mc 8, 34-35; Lc 9, 23-26).

Las renunciaciones son radicales, pero no imposibles. La catequesis evangélica insiste en que la fuerza que hace posible esas renunciaciones no procede de la voluntad humana. "Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible" (Mt 19, 26; Mc 10, 23-27).

5.2. Más allá del ascetismo: el valor absoluto del reino

¿Cómo se explica esa radicalidad de las renunciaciones que Jesús exige a quienes desean seguirle? Jesús presenta todo menos la figura lúgubre de un asceta. Por consiguiente, las razones de renunciaciones tan radicales habrá que buscarlas más allá de los límites de la ascética. Era frecuente en el mundo judío y helenístico que maestros y profetas itinerantes, junto con sus discípulos, renunciaran a toda clase de posesiones y a la propia familia para facilitar su misión o profesión. Jesús fue un predicador itinerante, y sus discípulos más allegados le acompañaron en su itinerancia. Aquí han encontrado algunos autores una explicación parcial al estilo de vida de Jesús y a las condiciones del seguimiento que exige a sus seguidores (G. Theissen). Pero la explicación final de semejante radicalidad habrá que buscarla en el valor absoluto del Reino y su Justicia. Sólo en relación con los valores absolutos del Reino de Dios, los valores de los bienes materiales, de la familia terrena y hasta de la propia autonomía... se tornan relativos y secundarios. Por eso, estas renunciaciones sólo tienen sentido después de haber descubierto el tesoro, el Reino (Mt 13, 44).



Renunciar a todo sin haber descubierto el tesoro, sería una insensatez y sólo llevaría a la miseria y a la tristeza.

Pero el radicalismo cristiano es más un radicalismo de fe que de renunciaciones. Ese radicalismo tiene una base teológica: la tensión apocalíptica que vivieron las primeras comunidades cristianas, la espera de la próxima e inminente venida del Señor, el deseo de que “se acorte el tiempo” (Mt 24, 22) (J. B. Metz). Un texto de Pablo recoge bien esta tensión apocalíptica (1 Co 7, 29-31). Este estado de ánimo es suficiente para relativizar cualquier valor e ideal terreno. Algunos discursos relativos al fin de los tiempos abundan en estas mismas convicciones (Mt 24, 17-18). En situación de tal emergencia, no vale la pena ocuparse en “pequeñeces”; hay que ir a lo esencial.

5.3. Desde y para la libertad

Pero, en todo caso, este radicalismo da miedo, y no tanto por lo que tiene de renunciaciones radicales, sino por lo que implica de libertad radical. Con frecuencia a los seres humanos, también a los cristianos, nos da más miedo la libertad que la misma renuncia. Por eso terminamos renunciando a la libertad y sometiéndonos a la seguridad costosa y dolorosa, pero cómoda, de la ascesis, de la ley, de la disciplina, del sometimiento a la voluntad ajena. F. Dostoievsky ha expresado brillantemente el drama que suponen la libertad que Jesús ofrece a unos seres humanos demasiado débiles y las exigencias que impone a unos seguidores demasiado frágiles. Lo hace en su proverbial página de *El Gran Inquisidor*.

La demanda de radicalismo evangélico sigue expuesta a los riesgos de siempre: convertir a los seguidores radicales en una élite eclesial por encima de la masa popular; hacer del radicalismo evangélico una especie de rigorismo moral y ascético; arrojar a la gran masa de los creyentes en una situación crónica de minoría de edad en la comunidad cristiana.

Para evitar estos riesgos, no es aconsejable limar las aristas evangélicas, pero sí es necesario tomar en consideración algunas actitudes evangélicas que son anteriores a cualquier radicalismo. El Reino de Dios es ante todo buena noticia, don y gracia. Esta experiencia de amor gratuito y superabundante por parte de Dios es anterior a cualquier radicalismo. Más aún: es la condición de posibilidad para el seguimiento radical de Jesús. Sólo desde esa experiencia de amor gratuito se puede evitar que el radicalismo del seguimiento se convierta en rigorismo. Este suele proceder del miedo y del ansia de poder. La radicalidad es compatible con la debilidad humana, pero no con la “rebaja” o con la “vía del falso atajo” (J. Lois). El radicalismo más característico de la vida cristiana es el amor, la misericordia, la compasión, el perdón...

6. Llamada universal al seguimiento



La universalidad de la llamada al seguimiento es hoy, en general, una verdad comúnmente aceptada. No hay vocación cristiana que no sea llamada al seguimiento de Jesús. No hay una vía para los fuertes y otra para los débiles, una para los renunciantes y otra para los incapaces de renunciar, una para los llamados a la perfección y otra para los que no se sienten llamados a la perfección. Lo que hay es distintas vocaciones en la Iglesia, distintas formas de vivir la vida cristiana, distintas formas de seguir a Jesús.

6.1. Una llamada, distintas respuestas

Algunos grupos siguen a Jesús de forma permanente, compartiendo con él vida y misión. Otras muchas personas, por el contrario, continúan su ritmo ordinario de vida, sumidos en la convivencia familiar, en las tareas profesionales, en los negocios de cada día. ¿Significa esto que sólo aquellos son llamados al seguimiento de Jesús, y que éstos son excluidos del seguimiento? ¿Es universal la llamada al seguimiento o ésta es sólo para un grupo reducido de elegidos, de discípulos selectos?

No hay consenso entre los autores con respecto a estas cuestiones. M. Hengel considera que la llamada de Jesús al seguimiento está dirigida a algunos individuos escogidos, los que se convertirán en sus discípulos, no a la totalidad del pueblo. G. Bornkamm sostiene que “los discípulos constituían un grupo restringido, distinto de los adeptos de Jesús en el sentido amplio de la palabra”, pero añade inmediatamente: “Lo que Jesús espera de ellos no es algo diferente de lo que pide a todos en su llamada a la conversión, con vistas al reino inminente de Dios”. R. Fabris también se inclina a pensar que “no es posible negar la existencia de un grupo de personas que tienen una relación distinta de la que define la posición de los demás que no entran en la categoría de discípulos”. J. Luis Segundo distingue el grupo de los discípulos del otro grupo que es el pueblo. J. M. Castillo, por el contrario, piensa que la llamada al seguimiento no está dirigida a ningún grupo de selectos, sino al “pueblo” en general.

6.2. Llamada para compartir la vida y la misión

En torno al Jesús histórico existieron una especie de círculos concéntricos de personas. Aparecen, en primer lugar, dos grupos de “íntimos” que le acompañan permanentemente y comparten con él la vida y la misión. Es el grupo de los Doce, y un grupo de mujeres. Aparecen además personas que son calificadas como discípulos de Jesús, pero que no le siguen permanentemente ni comparten la vida y la misión con él. Está un grupo más amplio de discípulos, a los que Jesús envía a misionar. Y están las masas o el pueblo, en general, que lo buscan y le siguen esporádica o circunstancialmente. La existencia de estos círculos concéntricos en torno a Jesús nos habla al menos de diversas formas de seguimiento o de diversas formas de respuesta a la llamada al seguimiento.



a) LLAMANDO A PERSONAS CONCRETAS

Jesús llamó a su seguimiento a algunas personas concretas: a Simón Pedro y a su hermano Andrés (Mt 4, 18-20; Mc 1, 16-18; Lc 5, 1-11; Jn 1, 35-42); a Santiago y su hermano Juan (Mt 4, 21-22; Mc 1, 19-20; Lc 5, 1-11); a Mateo (Mt 9, 9; Mc 2, 14; Lc 5, 27-28); a Felipe (Jn 1, 43). Este hecho parece formar parte del núcleo histórico de los relatos evangélicos. Estas llamadas individuales dan lugar a ese grupo de los íntimos, que son los Doce, y que comparten mesa con Jesús, conviven con él durante su ministerio público y son asociados a su misión, convirtiéndose en apóstoles por antonomasia.

b) ¿SÓLO LOS DOCE O TODOS EN LOS DOCE?

El relato de Marcos adquiere un tono solemne. Insinúa la formación de un grupo estable de Doce, tras estas llamadas individuales. Señala el objetivo de esa llamada a los Doce. “(Jesús) subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó a los Doce, para que estuvieran con Él y para enviarles a predicar con poder de expulsar demonios. Instituyó a los Doce y puso a Simón el nombre de Pedro; a Santiago el del Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso por nombre Boanerges, es decir, hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo, y Judas Iscariote, el mismo que le entregó” (Mc 3, 13-19; Cf. Mt 10, 1-4; Lc 6, 12-16). Pero el mismo número Doce alude ya a universalidad: son los doce jefes que representan a la totalidad del nuevo pueblo de Dios. En la llamada a los Doce está figurada la universalidad de la llamada al seguimiento de Jesús.

c) LAS SEGUIDORAS DE JESÚS

Junto con este grupo de íntimos aparece en los evangelios un grupo de mujeres (Lc 8, 1-3). Por razones culturales este grupo aparece en segundo plano, como en penumbra. No se narra ninguna escena de vocación con respecto a estas personas, lo cual no quiere decir que no fueran llamadas. Lo cierto es que le siguen persistentemente, incluso más allá de la pasión y pese al escándalo de la cruz. A este grupo pertenecen las que están con María junto a la cruz (Mt 27, 55-56; Mc 15, 40-41; Lc 23, 49; Jn 19, 25), las que le dan sepultura (Mt 27, 61; Mc 15, 47), las que van de mañana al sepulcro (Mt 28, 1; Mc 16, 1)... Le siguen continuamente, persistentemente, tenazmente.

d) OTROS RECUERDOS DE SEGUIMIENTO

Los evangelios hacen referencia, además, a otros discípulos de Jesús que no se incluyen en ninguno de los grupos anteriores: Nicodemo (Jn 3, 1ss; 7, 50) y José de Arimatea (Jn 19, 38). De ambos se dice que eran maestros judíos y que se habían hecho discípulos de Jesús en secreto por miedo a los judíos. Curiosamente se les presenta abiertamente como discípulos de Jesús en la hora de la tragedia, cuando hay que sepultar al Crucificado (Jn 19, 38-39).



Todos los evangelios hacen referencia al discipulado de José de Arimatea en el contexto de la sepultura de Jesús (Mt 27, 57-60; Mc 15, 42-46; Lc 23, 50-54). El evangelio de Juan incluye también en esa escena a Nicodemo, personaje importante en este evangelio. Y entre los discípulos de Jesús se nombra también a los dos caminantes de Emaús, uno de ellos llamado Cleofás, nombre que no entra en los grupos anteriores (Lc 24, 13ss). También se dice que le siguen algunas personas tras ser curadas de sus dolencias. Es significativo el seguimiento del ciego Bartimeo una vez que ha recobrado la vista (Mc 10, 52). Algunos exegetas colocan a Bartimeo como el modelo de discípulo, el ciego que llegó a ver y caminar (Fr. La Calle). Y le sigue precisamente cuando Jesús sube a Jerusalén. Por consiguiente, es legítimo suponer que el discipulado de Jesús se extiende más allá de los dos grupos de íntimos a los que hemos hecho referencia.

El evangelio de Lucas presenta un grupo más amplio de discípulos, que siguen a Jesús. Según el evangelista, los Doce son elegidos de entre ese grupo de discípulos (Lc 6, 13). La común y universal llamada al seguimiento no contradice la particular llamada a diversos ministerios en la comunidad. El mismo Lucas hace referencia al grupo de los “setenta y dos discípulos”, y a éstos les envía a la misión (Lc 10, 1). El número de setenta y dos (o setenta) es también símbolo de universalidad, pues era la cifra tradicional de todas las naciones del mundo (enumeradas en la “tabla de las naciones” de Gn 10, y en el Talmud y el Midrash).

Y todos los evangelios insisten en invitaciones genéricas al seguimiento (J. P. Meier). La persona y el ministerio de Jesús son una invitación genérica al seguimiento. El se presenta como “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). Esta es la mejor garantía del carácter universal de la llamada al seguimiento de Jesús. La invitación al seguimiento va dirigida a todos los hombres y mujeres que deseen incorporarse al Reino de Dios.

Los evangelios aluden con frecuencia al hecho que grandes masas siguen a Jesús, especialmente durante la primera etapa de su ministerio público, antes de la llamada crisis de Galilea (Mt 2, 16; 8, 1; 11, 19; 12, 15; 18, 10.14; 19, 2; 20, 29; 21, 32; Mc 9, 42; Lc 9, 11; 15, 1; (Mt 2, 16; Mt 11, 19; Lc 15, 1). El fervor de las masas decae después de la llamada “crisis de Galilea”, cuando comienza a desvelarse el rostro sufriente del Mesías, cuando comienzan los anuncios de la pasión (Mc 8, 31), y Jesús deja claras las exigentes condiciones del seguimiento: negarse a sí mismo y tomar la cruz (Mc 8, 34-38). A partir de este momento Jesús concentra su atención en el grupo de los íntimos y de los adeptos o allegados. Pero esto no significa, en absoluto, que la llamada al seguimiento deje de ser universal. Lo que dejará de ser universal es la respuesta a esa llamada.

e) LLAMADA, LIBERTAD Y DIVERSIDAD



La conclusión parece clara: la llamada al seguimiento de Jesús es universal; está dirigida a todos. Sin embargo, hay que subrayar que se trata de una llamada en libertad: “Si alguno quiere venir en pos de mí...”. De hecho, unos aceptan la llamada y otros la rechazan. No todos los llamados le siguieron entonces, ni todos los llamados le siguen ahora. Jesús no violenta a nadie para que le siga. Pero, si se acepta la llamada al seguimiento, se deben aceptar también las condiciones del mismo: la renuncia a los bienes, a la propia instalación, a la familia, a toda forma de dominio. Estas renunciaciones explican, en parte, el hecho siguiente: aunque la llamada al seguimiento es universal, unos le siguen y otros no le siguen, porque unos aceptan las renunciaciones y las condiciones del seguimiento y otros las rechazan.

Pero hay una conclusión complementaria: No hay una sola forma de seguimiento. No hay una fórmula universal de seguimiento. Salvadas las condiciones esenciales e irrenunciables, hay, ya desde los relatos evangélicos, diferentes formas de seguimiento de Jesús. Unos abandonan al padre, su profesión, sus aperos de pesca y sus barcas y le siguen. Otros son discípulos de Jesús –le siguen- sin abandonar las tareas cotidianas. Unos renuncian a la vida familiar; otros se casan y tienen hijos... Unos y otros siguen a Jesús. Pero, en todo caso, quien desee entrar en la dinámica del Reino no tiene otro camino que el seguimiento de Jesús.

7. ¿Seguimiento o imitación?

Una vez muerto Jesús, el seguimiento físico es ya imposible. A partir de la resurrección, el seguimiento se convierte en metáfora de la vida cristiana. Tiene un sentido simbólico: vivir animados por la fe en Jesús, ser conducidos por su Espíritu, vivir como él, compartir su misión, asumir su destino...

7.1. El seguimiento como lenguaje neotestamentario

En los evangelios prevalece la terminología del “seguimiento”. Una vez se utiliza el término “imitar”, pero en sentido negativo. No se refiere a Jesús, sino a los escribas y fariseos. Jesús desaconseja a sus discípulos su imitación (Mt 23, 3). Y en otra ocasión se utiliza un circunloquio para recomendar la imitación del Padre celestial (Mt 5, 48). En los demás escritos del Nuevo Testamento desaparece prácticamente la terminología del “seguimiento” en relación con Jesús. Aparecen dos palabras con una intención análoga a la del seguimiento: “camino” e “imitación”.

Las referencias al “Camino” son características de los *Hechos de los Apóstoles*, y son abundantes (9, 2; 16, 17; 18, 25.26; 19,9.23; 22, 4; 24, 14.22). Jesús se



había presentado a sí mismo como el camino (Jn 14, 6). Ahora se habla de sus discípulos como “aquellos que siguen el camino”. Se habla de la vida cristiana como “el camino”. El término “Camino” es utilizado para designar “el camino de salvación” (Hch 16, 17), “el camino del Señor” (Hch 18, 25), “la vida cristiana” (Hch 18, 26) o “la comunidad cristiana” (Hch 24, 14). Seguir el camino significa metafóricamente seguir al Jesús Resucitado.

7.2. Pablo y el lenguaje de la imitación

La terminología de la “imitación” es más característica de la literatura paulina. En la mayoría de los casos Pablo se presenta a sí mismo como modelo de vida cristiana y pide a los demás que le imiten como él procura imitar a Cristo (1 Co 11, 1; 4, 16; Flp 3, 17; 1 Tes 1, 6; 2 Tes 3, 7.9...). Sólo en una ocasión presenta a Dios como término directo de la imitación: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos queridos” (Ef 5, 1). En otra ocasión el término de la imitación es el Señor –aún cuando media la imitación de Pablo–: “Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor...” (1 Tes 1, 6).

Hebreos tiene también dos referencias a la imitación. En ambas se pide a los cristianos que imiten a aquellos que han sido modelos en la fe y en la perseverancia (Hb 6, 12; 13, 7).

7.3. Algo más que una cuestión de palabras

En la historia de la Iglesia dos expresiones se han disputado la primacía para designar el ideal de la vida cristiana: la imitación de Cristo y el seguimiento de Cristo. Una u otra han prevalecido en distintas corrientes de espiritualidad. Por lo general, la vida religiosa se ha decantado por definir su ideal mediante el lenguaje del seguimiento (“*sequella Christi*”). La espiritualidad, en general, se ha inclinado más hacia la terminología de la “imitación de Cristo”. En la teología y espiritualidad del Concilio Vaticano II se advierte una cierta preferencia por la expresión “seguimiento de Jesús”, aunque con frecuencia aparecen asociados los conceptos de seguimiento e imitación. Hoy aparecen algunas reservas frente al ideal de la imitación.

7.4. Algunas claves teológicas y culturales de la preferencia por el lenguaje del seguimiento

En primer lugar, el ideal de la imitación parece tener un cierto sabor pagano: querer parecerse a los dioses, querer robar el fuego a los dioses, jugar al aprendiz de brujo. Este es el mayor pecado, el pecado original, la *hybris*... Recuerda el relato bíblico del pecado original. “Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él (del árbol), se os abrirán los ojos y *seréis como dioses*, conocedores del bien y del mal” (Gn 3, 5). Es la gran tentación: ser igual a los dioses.



Pero hay que decir que el Dios revelado en Jesús se parece poco a los dioses paganos. Lejos de abusar de su poderío, se encarna en la debilidad humana hasta tomar la forma de siervo y recorrer el camino de la cruz (Flp 2, 5-11). Imitarle no es, pues, una tentación o una osadía de grandeza; es un riesgo y un compromiso que pone en peligro la vida. Imitar al Dios que se ha encarnado en la persona de Jesús es adentrarse en el camino de la *kénosis*. Es imitar a una persona con historia, no a un cuadro estático y terminado de perfección inalcanzable. En este sentido, la imitación representa la etapa pospascual del seguimiento. No se trata de imitar a un héroe o a un superhombre. Ni siquiera se trata de imitar a un modelo ético. En la teología paulina, la imitación consiste en dejar que Cristo haga germinar en nosotros el hombre y la mujer nuevos, la nueva humanidad.

Desde la pedagogía y la psicología ha surgido otra reserva más importante frente al ideal de la imitación. La psicología evolutiva da mucha importancia a los modelos referenciales en el crecimiento y la maduración de la persona, pero también advierte sus peligros. La mera imitación puede crear dependencias, regresiones narcisistas, alienación de las personas.

El ideal cristiano de la imitación ha conducido a veces a la privatización de la experiencia cristiana. Imitar a Jesús es reproducir en el propio sujeto la imagen de Jesús, convertirse en otro Cristo. Este es un ideal sublime. Pero la experiencia nos dice que este ideal ha sido vivido por muchos cristianos como un encerramiento o fijación obsesiva del individuo sobre sí mismo, en una procura egocéntrica de la propia perfección y la propia santificación. El imitador intenta mirarse y medirse con la imagen de Jesús, pero fácilmente diseña una imagen de Jesús a la propia medida. La imagen del espejo termina siendo la propia imagen, y el mucho mirarse en ella termina por hacer del imitador un narciso.

Este peligro explica un fenómeno no raro entre las personas destacadas por su piedad, por el fervor religioso, por su perfección moral. El excesivo cuidado por la propia perfección les lleva a veces a olvidar dimensiones esenciales de la vida cristiana, como la solidaridad. La parábola del buen samaritano da qué pensar en este contexto (Lc 10, 29-37). ¿Qué ideal de imitación puede justificar este olvido de la caridad y la solidaridad?

Finalmente, al ideal de la imitación se le suele señalar otra desventaja con respecto al ideal del seguimiento. La imitación es una actividad repetitiva y conservadora. Cuanto más exacta sea la copia del modelo, mayor será el mérito. La fidelidad parece así reñida con la novedad y la creatividad. Por eso, el ideal de la imitación fácilmente puede conducir al mimetismo y la inmovilidad. Se pone así en peligro el ejercicio de actualización, que es condición de posibilidad de la fidelidad cristiana. El ideal del seguimiento es más dinámico, creativo y abierto a la novedad. No hay fidelidad si no hay movimiento, cambio, actualización.



Que al ideal evangélico o a la entraña de la vida cristiana la llamemos “imitación de Cristo” o “seguimiento de Jesús” tiene su importancia, pero no es cuestión substancial. Ambos términos contienen intuiciones válidas. La imitación nos pone delante a la figura de Jesús como modelo referencial e irrenunciable de vida cristiana. El seguimiento nos refiere de forma perentoria a la persona del Jesús histórico y a la convivencia con los primeros testigos de la fe cristiana.

8. ¿Qué implica hoy el seguimiento de Jesús?

El seguimiento de Jesús es la respuesta a una vocación, que nos llega desde más allá de nosotros mismos. Se trata de un asunto de fe. La vocación, la llamada, es de iniciativa divina. El seguimiento es nuestra respuesta a esa iniciativa divina. Por eso es un ejercicio de obediencia evangélica (D. Bonhöffer).

De estas afirmaciones elementales se siguen dos consecuencias importantes para el seguimiento hoy. En primer lugar, si la iniciativa es de Dios, la tarea del seguimiento no se ha de encomendar al mero voluntarismo o simplemente a la buena voluntad. En segundo lugar, hay que tener en cuenta que también la llamada se ha convertido para nosotros hoy en metáfora. No es posible escuchar la voz física de Jesús, como los primeros discípulos, y, menos aún, la voz física de Dios.

8.1. Seguimiento y experiencia de encuentro

La invitación al seguimiento nos llega con mediaciones nuevas. Está básicamente asociada a dos experiencias: por una parte, la memoria del Jesús terreno y el encuentro personal con el Resucitado; y por otra la experiencia de la realidad y el encuentro con nuestros semejantes. El encuentro con el Resucitado constituye el germen teológico de esa vocación al seguimiento. El encuentro con nuestros hermanos y hermanas es casi siempre la mediación de nuestra vocación. Por eso, el seguimiento de Jesús nos exige hoy estar muy atentos a la persona de Jesús y a esta humanidad, al grito de la historia, al clamor de los hombres y mujeres.

Lo más característico del seguimiento no son, pues, las renunciaciones, sino el encuentro con Jesús. Este encuentro fue el germen del seguimiento en los primeros discípulos; y lo sigue siendo para los discípulos de nuestro tiempo. El encuentro es la dimensión más teológica del seguimiento. Por eso, el problema del seguimiento es ante todo un problema teológico, un asunto de espiritualidad.

Pero también el encuentro con Jesús, al igual que el seguimiento, es hoy una metáfora. No nos es posible el encuentro físico con él. No hay otro encuentro que el de la fe. La vocación al seguimiento arranca desde la fe en Jesús, el Cristo, el Crucificado Resucitado. Y esta fe está hecha de un conocimiento y un



amor a Cristo, que se alimentan mutuamente. Dos preguntas siguen pendientes de respuesta para los seguidores de hoy, igual que para los de la primera generación: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”; “Pedro (Juan, Andrés, X...), ¿me amas?”. Pues sólo desde el conocimiento y desde el amor tiene lugar el verdadero encuentro personal. En este sentido, algunos exegetas colocan al ciego Bartimeo como el modelo del discípulo, el modelo del seguimiento. Y lo hacen precisamente porque su seguimiento está fundamentado sobre la recuperación de la vista. “... recobró la vista y le seguía por el camino” (Mc 10, 52). Sólo la recuperación de la vista, la fe, permite el seguimiento fiel en medio de la prueba suprema. Todos los evangelistas hablan de la defección de los discípulos después del prendimiento de Jesús. Aquí se rompe el seguimiento. Los discípulos fracasaron en el intento de seguir a Jesús, incluido Pedro. El fallo de los discípulos en el seguimiento es al mismo tiempo un fallo de fe en Jesús.

8.2. Seguimiento y comunidad

Y el encuentro con Cristo no es simplemente un punto de partida, un momento puntual al comienzo del seguimiento. Es punto de partida y de llegada. Es meta y programa de vida para los seguidores de Jesús, ya desde la primera generación. “Instituyó Doce, para que *estuvieran con él...*” (Mc 3, 14). La vocación al seguimiento es, en definitiva, una vocación a la comunidad, al encuentro y la comunión con Cristo y con los hermanos y hermanas, o una vocación a la comunión con Cristo en los hermanos y hermanas. Por eso, las categorías de seguimiento y comunidad son casi intercambiables en la vida cristiana.

8.3. Seguimiento y fidelidad

Es indudable que el Jesús terreno terminó en la cruz, después de recorrer una larga vía dolorosa. Creemos y anunciamos a Cristo, y éste crucificado. Pero es igualmente cierto que la cruz no es la meta terminal del itinerario de Jesús. “Dios lo resucitó”. Y nosotros confesamos al Crucificado Resucitado. Por otra parte, ni la cruz fue un objetivo buscado por Jesús, ni tampoco el calvario y la pasión fueron los gestos que le valieron el premio de la Resurrección. La cruz le llegó debido a su fidelidad a la voluntad del Padre. En un mundo pecador, la fidelidad no es pensable sin oposición, resistencia y sufrimiento. Y fue esa fidelidad, más que el cúmulo de sufrimiento, la que le valió el reconocimiento y la aceptación de su vida por parte del Padre. Ese es el sufrimiento que vale a los ojos de Dios y que salva al ser humano: el sufrimiento que es expresión de fidelidad a la voluntad del Padre y de solidaridad con los crucificados de la tierra.

8.4. Seguimiento y misión

Jesús llamó a los discípulos para que “estuvieran con Él”. Pero también los invitó al seguimiento para que compartieran su misión. Por eso nada tiene de extraño que aquellas personas que son llamadas y aceptan la llamada al



seguimiento de Jesús, tengan que compartir también su destino, incluida por supuesto la cruz.

En los primeros relatos de vocación que nos ofrecen los evangelios, se hace referencia a la misión de aquellos discípulos que son llamados al seguimiento: os haré pescadores de hombres (Mt 4, 19). La metáfora está tomada de la pesca, la profesión de los llamados, Simón y Andrés. Pero el significado va más allá de la metáfora: la misión de los seguidores, al igual que la de Jesús, será el servicio solidario a la humanidad.

El evangelio de Marcos especifica la misión de los discípulos y la define en los mismos términos de la misión de Jesús. “para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios” (Mc 3, 14-15). Los sinópticos recogen también un discurso apostólico en el que se señala la misión de los discípulos y las condiciones de la misma. La misión que se les encomienda a los discípulos es análoga a la misión de Jesús. “Id proclamando que el Reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis” (Mt 10, 7-8; Lc 10, 1-12; Mc 6, 7-13). Aún más, la acogida de los discípulos equivale a la acogida del mismo Jesús. “Quien a vosotros recibe, a mi me recibe, y quien me recibe a mi, recibe a aquel que me ha enviado” (Mt 10, 40).

Esta misión consiste genéricamente en un compromiso decidido con el Reino de Dios y su Justicia. Decir Reino de Dios es decir salvación definitiva, es decir plena humanización de toda la humanidad. Este es el compromiso que tienen ante sí los seguidores de Jesús: y este compromiso no es otro que el servicio a los hermanos y hermanas. El seguimiento de Jesús nos enfrenta con lo último, lo escatológico, lo absoluto, lo definitivo de la existencia humana, tal como se ha revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús (J. Lois).

Las condiciones de la misión y las advertencias hechas a los discípulos dejan claro que el seguimiento implica compartir la misión de Jesús y, consiguientemente, compartir su destino (Mt 10, 24-25). El seguimiento de Jesús no ahorrará a sus discípulos esta misma oposición a su misión. Este es el lugar para una interpretación teológica del martirio cristiano.

8.5. Seguimiento y creatividad desde el espíritu

Pero el seguimiento no es ya una imitación mimética de los gestos del Jesús histórico. En primer lugar no nos es fácil reconstruir esos gestos. Pero, aún en el supuesto de que los conociéramos con seguridad, no bastaría la imitación mimética de los mismos para un seguimiento fiel. Es riesgosa una aplicación literal de las máximas evangélicas. En los evangelios no hay textos explícitos o mandamientos concretos para resolver los nuevos problemas que a cada paso se le presentan a la humanidad. Sí hay unos valores absolutos que son irrenunciables para quien desee seguir a Jesús. Los juicios éticos del cristiano deberán ser, como defendió Santo Tomás de Aquino, “juicios prudenciales”.



Estos implican un ejercicio de libertad y creatividad, de discernimiento permanente de la voluntad de Dios. Y son un rasgo esencial de la vida adulta, también de la vida cristiana adulta. Para ello los seguidores de Jesús cuentan con el don del Espíritu. Es la promesa última y definitiva del Jesús terreno a sus seguidores, antes de su muerte.

La única garantía del fiel seguimiento hoy y siempre consiste en estar dotados del Espíritu de Jesús y dejarse guiar por Él. “El os lo enseñará todo” (Jn 14, 26). Seguir a Jesús hoy es vivir conducidos, inspirados y animados por el Espíritu de Jesús. Es rehacer fiel y creativamente el camino de Jesús, actualizándolo en nuestra propia historia. Es vivir y actuar movidos por los mismos valores que inspiraron y condujeron la vida de Jesús. Es vivir animados por la misma confianza y esperanza que sostuvieron a Jesús a lo largo de su vida, pasión y muerte. Es realizar y actualizar en nuestro mundo las prácticas del Reino de Dios realizadas por Jesús. Esta es la cristología actualizada.

9. Concluyendo: indicadores de un seguimiento fiel y fecundo

Para seguir a Jesús no basta repetir “Señor, Señor”. Son necesarias la oración y la celebración. Pero no lo son todo, ni lo principal del seguimiento. Hay algunas actitudes y prácticas evangélicas que nos sirven para conocer si verdaderamente estamos en el camino de Jesús, si nos mantenemos fieles en el seguimiento: la fe-confianza en Dios Padre-Madre en medio de los conflictos históricos; el amor y el servicio a los hermanos y hermanas; la preferencia por los pobres y la solidaridad efectiva con ellos; las prácticas que construyen la comunidad y hacen crecer la vida y la vuelven sabrosa; los compromisos a favor de la justicia y los derechos humanos, especialmente de los pobres, excluidos y desfavorecidos; la compasión y la misericordia... Y en un mundo de pecado, quizá la práctica más característica de los seguidores de Jesús es la práctica del perdón y la reconciliación hasta setenta veces siete.

10. Bibliografía

- ALEIXANDRE, D.; Alemany, J.J., y otros. *El seguimiento de Cristo*. Madrid, PPC, 1997.
- CASTILLO, J.M^a; GARCÍA ROCA, J. y otros. *El seguimiento de Jesús*. Madrid, Fundación Santa María, 2004.
- DUNN, J.D.G. *La llamada de Jesús al seguimiento*. Sal Terrae, 2001.
- FERNÁNDEZ, B. *El Cristo del seguimiento*. Publicaciones Claretianas, Madrid. 1995



- FERRERAS, E.J. *El seguimiento de Jesús en la vida consagrada*. Madrid, Edibesa, 2005
- PIKAZA, X. *Caminando con Jesús. Seguimiento de Cristo y Vida Religiosa*. Vitoria, Frontera, nº 27.

11. Cuestiones para el diálogo comunitario

1. ¿Qué ecos suscita en nosotros el esquema de fondo de los relatos de vocación (4.3)?
2. ¿Cómo hacer de la vida de cada comunidad cristiana, también de las nuestras, una cristología actualizada?
3. ¿Qué consecuencias advertís para nuestra autocomprensión como consagrados el hecho de que la llamada al seguimiento sea universal?
4. ¿Qué cabría inferir de la reflexión sobre seguimiento y creatividad desde el Espíritu (9.5) en nuestra vida y en nuestra misión?